

INFANCIA*

Ferdinand Buisson y Émile Durkheim

Si nos atenemos a la etimología, la infancia sería la edad de aquel que ha de llegar a ser hombre no sabe todavía hablar (del latín *in-fans*, no hablante). Pero el lenguaje ordinario ha tendido cada vez más a prolongar la duración del periodo al cual se aplica esta palabra. Por ella debería entenderse, afirma Littré, “desde el nacimiento hasta el séptimo año”; pero agrega que el uso corriente la lleva “un poco más allá, hasta los trece o los catorce”. El *Dictionnaire de l'Académie* dice: “hasta más o menos los doce años”.

Desde el punto de vista especial que nos ocupa, hay necesidad de distinguir claramente estas dos acepciones, dado que ellas corresponden a dos períodos diferentes de la educación. Por una parte, la *primera infancia*, que no abarca más que los primeros tres o cuatro años, que en forma novedosa se ha denominado en los últimos tiempos, “Psicología infantil” o estudio de los primeros fenómenos de la vida psíquica, intelectual y moral del niño más pequeño. Por otra parte, la *segunda infancia*, o la infancia en el sentido ordinario y corriente de la palabra, sentido que desecha las preguntas especializadas de la fisiología y de la Psicología de los primeros años para indicar el período normal de la educación y de la instrucción. En este artículo no trataremos más que del segundo de estos sujetos, es decir, se hablará solamente de la infancia en el sentido habitual de la palabra.

Primero que todo, nos plantearemos la siguiente pregunta: ¿cuáles son las características propias de la infancia, las leyes naturales de esta edad, y por consiguiente las condiciones generales a las cuales la ciencia de la educación debe satisfacer?

Las características distintivas de la infancia, todo aquello que la educación en particular debe tener en cuenta, se derivan de su misma definición. La función esencial de esta edad, el papel y el destino que le asigna la naturaleza, puede resumirse en una sola palabra: es el período del *crecimiento*, es decir, donde el individuo, tanto en lo físico como en lo moral, no es todavía, es el período donde se hace, se desarrolla, se forma. Ahora bien, ¿Qué se necesita para que el individuo esté creciendo? ¿Qué supone necesariamente este fenómeno en el ser donde se produce? Dos condiciones, siempre las mismas en todos los campos y de las formas más diversas: por un lado la debilidad y por el otro la movilidad. Estos son, podríamos decir, dos caras de la misma situación: el ser que crece es aquel que se encuentra en una especie de equilibrio inestable, continuamente cambiante. Crece porque está incompleto, porque es débil, porque le falta algo; porque hay en el fondo de su naturaleza una fuerza de cambio, de transformación, o mejor, de formación y de asimilación rápida, que le permite modificarse continuamente hasta llegar a su cabal desarrollo.

La infancia se caracteriza, en todo, por esta inconsistencia misma de su naturaleza: la ley del crecimiento. Presenta al educador un ser no formado, una obra inacabada, un

* Publicado originalmente en el *Nouveau dictionnaire de pédagogie et d'éducation primaire*, bajo la dirección de Ferdinand Buisson (París: Hachette, 1911), pp. 552-553.

producto inconcluso, un *hacerse*, un comienzo de ser, una persona en vía de formación. Tanto la Psicología de la infancia como la pedagogía, derivan del carácter esencial de esta edad, carácter que a veces se manifiesta en la forma negativa de debilidad e imperfección del joven ser, y otras bajo la forma positiva de fuerza y necesidad de movimiento.

Desde el punto de vista físico, ¿qué es el niño? El más endeble de los seres, un pequeño cuerpo que al menor golpe puede quebrarse, que la más ligera enfermedad lo pone en peligro; músculos, nervios, órganos de leche por decirlo así, que no se forman, no se desarrollan, no se fortifican sino gracias a un medio maravilloso de cuidados, de precauciones, de circunstancias favorables, de influencias protectoras. Tomándola como tal, la infancia física es la debilidad misma desde el momento del nacimiento hasta más allá de los doce años mencionados por el *Dictionnaire de l'Académie*; no se basta a sí misma, no comienza y no continúa creciendo sino con la intervención continua de los padres o de aquellos que los reemplazan. Y, por otra parte, qué rapidez para crecer, cuantas maravillas en la evolución de este cuerpo débil que se despliega, se forma, se fortalece, crece sin que nos demos cuenta, cambia de un momento a otro y está sin cesar en estado de renovación. Hay aquí una fuerza en movimiento, en crecimiento, en evolución, que confunde la imaginación por su continuidad, por su vivacidad, por su inagotable exuberancia.

¿Y del espíritu? Son las dos mismas características. Cualquier aspecto del periodo infantil que consideremos, nos encontraremos siempre en presencia de una inteligencia excesivamente débil, frágil, recién formada, de constitución delicada, gozando de facultades limitadas que se ejercita por una especie de milagro que no podemos evitar temblar cuando pensamos en esta encantadora máquina. Y al mismo tiempo, esta máquina está siempre en movimiento; de alguna manera se hace día a día de nuevos mecanismos; nunca se frena. No se le pida que se detenga; se lanza al vacío ante el hecho de no poder actuar; es incapaz de estar en reposo e inalterabilidad. Cambiante, desigual, caprichosa, es fecunda en decepciones como en felices sorpresas.

En fin, en lo que respecta a la moral, la misma debilidad y la misma movilidad. Más que actos de voluntad del niño, son impresiones ligeras, trazos muy superficiales. Ni el bien ni el mal penetran de ordinario en esta naturaleza incapaz de grandes y durables esfuerzos: las buenas decisiones se olvidan tan rápido como se adquieren. ¡Pero, al mismo tiempo, con que apresuramiento todas las novedades son acogidas! Esta pequeña conciencia es un verdadero caleidoscopio. Los estados más diferentes, las pasiones y las actitudes más opuestas se suceden allí: las risas a las lágrimas, la sumisión mimosa a la resistencia obstinada, las efusiones de la ternura a los arrebatos de la cólera. Son los ardores, los entusiasmos que desaparecen con rapidez, que se olvidan al momento. Nada es definitivo; todo se hace y se deshace sin cesar.

El deber del educador es recordar en cada uno de los actos de la educación este doble carácter del niño que se propone formar. En relación con los sentidos, la inteligencia o la voluntad, él sabe que le hemos puesto en sus manos el más frágil de los organismos; un organismo apenas formado, tan tierno y tan blando que se debe tener siempre temor de agotar su savia, de trastornar su crecimiento al quererlo apresurar. Y cómo importa saber, en cada momento de este periodo, cuales son precisamente las necesidades que le corresponden, las fuerzas de que el niño dispone, el grado justo y el verdadero alcance de sus facultades. La primera ley de la pedagogía es adaptar con la mayor exactitud a la medida del niño la educación que le damos. Al tomar las cosas con el rigor ideal, el maestro deberá preguntarse con ocasión de cada ejercicio, de cada lección intelectual o

moral: ¿en que punto se encuentra mi alumno? ¿No lo estaré llevando por encima o por debajo de sus fuerzas actuales? Sin exagerar esta preocupación, podríamos decir que nada es más provechoso para el maestro que recordar continuamente la debilidad de la infancia, los miramientos que le son debidos y los progresos que insensiblemente ya ha realizado; viéndolo bien, es el niño quien debe sentir que hace lo mínimo. Esto en cuanto al primero de los puntos de vista que hemos distinguido.

El segundo no es menos importante, pero la actitud requerida es algo más delicada y compleja.

Por una parte, es evidente que hay que tener en cuenta las necesidades de movimiento que el niño siente con fuerza y que con diferentes grados perdura hasta la adolescencia. Reprimir brutalmente esta tendencia, sería correr el riesgo de apagar la llama que se debe avivar; sería suprimir los ímpetus y los felices entusiasmos de una vida naciente, de una fuerza aún no equilibrada, pero poderosa en su debilidad por su misma movilidad. Se debe reducir la fatiga que esteriliza los esfuerzos del niño como los del maestro. Ahora bien, la fatiga no se produce únicamente cuando le pedimos demasiado a las facultades infantiles, sino también cuando entorpecemos su libre marcha. Aún más, es un medio de obtener más trabajo y aplicación, el saber plegarse a las imperiosas necesidades de la naturaleza, cambiando continuamente de objetivo, interrumpiendo la lección en el momento preciso en que cesa la atención, dejando al alumno alguna iniciativa, alguna libertad o algún movimiento. Es necesario que empiece a trabajar como juega, de todo corazón, con la totalidad de su ser, con la plenitud de acción, con el ardor y la vivacidad que jamás lo fatigan, siempre que estas actividades se desplieguen espontánea, libre y naturalmente. No se puede esperar este resultado, sino de una organización pedagógica que tenga en cuenta ante todo los placeres del niño, el gusto por la actividad variada, el movimiento libre, el desarrollo sin coacción.

Por otra parte, no se debe perder de vista que esta ausencia de orden y de equilibrio constituyen un estado que no será permanente y que debe ser superado. Es necesario que el niño aprenda a coordinar y a regular sus actos, que no se quede a la zaga de las circunstancias, bajo la dependencia de los ventarrones de su humor y de los incidentes de la vida exterior; que sepa dominarse, controlarse, contenerse, hacerse a las normas; que combine el gusto por la disciplina con el orden en la conducta. Como lo hemos mostrado en el artículo *Educación*⁵ el dominio de sí mismo, el poder de contenerse, de regularse, de retenerse, es una de las características esenciales de la persona humana. En relación con esto es necesario una verdadera metamorfosis. El estado a crear parece ser lo opuesto de aquello que nos es dado como punto de partida.

Felizmente, la naturaleza es tan rica que ella pone a nuestra disposición los instrumentos de acción necesarios para esta transformación. Es suficiente que sepamos servirnos de ellos. El remedio nos viene de la misma fuente del mal.

Al mismo tiempo que el niño es una especie de anarquista, ignorante de todas las reglas, de todo freno, de todo seguimiento, es un pequeño tradicionalista y rutinario. ¿Ha sido acaso llevado a reproducir muchas veces un movimiento? Lo reproducirá eternamente. Las historias que mejor conoce, aquellas que le hemos contado con más frecuencia, son las que reclama con mayor deseo; no se cansa de oírlas de nuevo. Se niega a comer con otro cubierto que no sea aquel con el cual está habituado a hacerlo o a dormir en una cama que no sea la suya. Prefiere aguantar hambre o permanecer

⁵ Reproducido en E. Durkheim, *Educación y sociología* (Bogotá: Editora Babel, 1976) bajo el título de “La educación: su naturaleza y su función”.

despierto. Así como parece seducido por las novedades y los cambios, al mismo tiempo presenta verdadero horror a todo cambio y a toda novedad. Estos dos sentimientos, tan contradictorios, son uno y otro efectos de una sola y misma causa: su inestabilidad. Precisamente, porque cambia sin cesar, todo estado, movimiento o idea que llega a repetirse un cierto número de veces, alcanza una fuerza, una capacidad de acción que es irresistible dado que no tiene contrapeso. Los otros estados, ya que son esencialmente fugaces y superficiales, pasan desapercibidos. Si no estamos atentos, aquellos que llegan a alcanzar alguna fijación, por ligera que ella sea, tienden a repetirse convirtiéndose en una necesidad fácilmente tiránica. *Por esta razón es muy fácil hacer que el niño adquiera hábitos.*

Ahora bien, este poder que tiene el hábito sobre el niño, seguido de la inestabilidad de su vida psíquica, permite corregir y contener la misma inestabilidad. El gusto por los hábitos establecidos es una primera forma del gusto por el orden y la repetición. Es como una primera iniciación a la vida moral que puede comenzar desde muy temprano, pues desde el día siguiente a su nacimiento hay espacio para hacerle adquirir los hábitos definidos de todo lo que concierne a las principales circunstancias de su existencia. Al desarrollarse cuidadosa y prudentemente este primer germen, en la misma medida, la vida infantil dejará en forma progresiva de ofrecer el espectáculo contradictorio de una extrema movilidad que alterna con una rutina casi maníaca; lo que hay de huida y móvil se fijará, se precisará y se ordenará en su conjunto. Este orden, sin duda, un poco mecánico, no tiene, por sí mismo, un gran valor moral; pero permite la vía hacia uno de superior calidad. El gusto por la regularidad no es todavía el respeto por la regla y por el deber, pero es su encauzamiento. En el artículo *Educación* hemos visto que es posible y relativamente fácil darle al niño el sentimiento de disciplina y de autoridad moral; lo que constituye el segundo estadio dentro de la formación del carácter y de la voluntad. La naturaleza pone en nuestras manos los medios necesarios para superarla.

Pasando de estos principios generales a su aplicación, en el vocablo *Organización pedagógica* se ha esbozado las reglas que de ellos se derivan. Ver también las entradas *Educación y Pedagogía*⁶

⁶ Reproducido también en *Educación y sociología* con el título de 'Naturaleza y método de la pedagogía.